



AÑO III

←BARCELONA 17 DE NOVIEMBRE DE 1884→

NÚM. 151

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LOS APLAUDIDORES, por don Enrique Perez Escrich.—EL FANATISMO DEL DIABLO, por don Ramon Martinez de Fuen'santa.—LA CIENCIA ANTIGUA, *Los organos hidrúlicos* por A. de R.

GRABADOS: CUARTETO, cuadro por M. Daunat.—QUÉ POSMA .. dibujo por Seymour.—LA CARIDAD, copia de un cuadro del Corregio.—LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS, dibujo de Giacomelli.—ANTAÑO, dibujo por A. Zick.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LA MATANZA DE MACHECOUL, cuadro por F. Flameng.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Cazadores.—El banquete sobre la hierba.—El robo del libro.—Bibliomano, bibliófilo y bibliopirata.—Opiniones de un norteamericano respecto á los bibliófilos.—*El amigo Fritz*.—El celibato.

Han alternado los dias apacibles y los lluviosos. El barómetro ha tenido ocupacion constante arrollando y desarrollando la cola de acero de su espiral. Diríase que la estacion duda ántes de entregarse á los rigores del invierno y trata de tejer los flecos de oro del estío en los

blancos nevados cuadros del tapiz cristalino del invierno. Aprovechando los dias hermosos, han salido por la línea del Norte grupos de cazadores con sus escopetas y sus perros. ¡Qué de proyectos venatorios! ¡Qué combinaciones mortíferas para los pacíficos rebaños de pluma y pelo! Vastos eran en verdad los planes de estos Bonapartes de la selva, de estos Alejandros en mano, de estos Gengis-kan del ojeo.... ¿Pues y los morrales? No iban mejor surtidos los cerebros de planes, que los zurrones de apetitosos bocados. Vierais allí la succulenta lengua á la escarlata, que es la lengua de fuego que descendió á los labios de los apóstoles, haciéndolos sabios con su sabor deleitable. Vierais el salchichon relleno de los picantes perdigones



UN CUARTETO, dibujo por Daunat

de pimienta. Allí el ave asada y fría, cuya oronda piel parece que va á reventar de puro obesa, disparando por la herida metralla de trufas menudas y de menudísimas setas... ¡Viva, viva la caza, con sus homéricos banquetes sobre la fresca hierba, entre álamos y chaparros, en círculo de cazadores á quienes la alegría hace ingeniosos y chispeantes! ¡Viva esté santo pretexto que disculpa la fuga de las grandes ciudades de los hombres y les hace gozar de los campos y de Dios!

* *

Los tribunales se ocupan del saqueo practicado en una de las más antiguas y notables bibliotecas de España. La mano ávida de los coleccionistas ha penetrado allí y ha hecho saco y tala de los viejos incunables, de los indescifrables palimpsestos, de los pergaminos roídos por los ratones y colonizados por las arañas.

Un libro raro es la tentación constante del bibliomano. Desde la época en que aquel famoso filósofo griego se deshizo de todas sus propiedades para adquirir con el producto de la venta un manuscrito raro con que aumentar su colección, el bibliófilo, especialmente esa variedad que se dedica á reunir ediciones raras, ejemplares de todo márgen y primeras ediciones, ha sido considerado por sus semejantes con cierto grado de sospecha, no faltando hasta quien se haya aventurado á calificarle de monomaniaco y «tocado.» Gran parte de las críticas que han llovido sobre los aficionados á reunir libros y grabados viejos, en cuanto á sus métodos, gustos y celos, parecen bastantes justas; pero no lo son algunas de las preocupaciones que contra esta clase existen. En los primeros tiempos de la manía de reunir ediciones raras de libros impresos, los aficionados recurrían á las excéntricas tiendas de viejo que tanto abundan en las capitales, y con frecuencia descubrían «tesoros» preciosos que se procuraban por una bicoca. Todo esto ha cambiado ya; los «hallazgos» son muy raros. Se conoce bien el valor de los libros raros, así como su paradero, y en consecuencia, el rematador ha suplantado hasta cierto punto al mercader, de manera que es muy difícil que el coleccionista llegue á poseer un ejemplar de valor sin que se ponga en venta, por cualquier causa, la biblioteca de algún colega suyo.

La anécdota que se cuenta de Richard Lyons, famoso colector en sus tiempos, caracteriza singularmente á esta clase. Era hombre de profundo y variado saber, que había dedicado gran parte de su existencia al estudio y á coleccionar libros raros. En los últimos años de su vida, encontrándose, por desgracia, con pocos recursos, resolvió vivir con lo que le produjera la venta de los volúmenes que con tanto esmero había reunido y que tanto le habían costado. Abrió pues una librería y publicó un catálogo que distribuyó entre las personas aficionadas á libros preciosos. Un día se presentó cierto caballero en la librería, é indicando con el dedo el título de una obra anunciada en el catálogo, expresó su deseo de comprarla: —Ni me acordaba de que tenía semejante libro,—dijo Mr. Lyons, y tomando el catálogo, subió por la escalerilla y sacó el tomo en cuestión. Pero en vez de volver con él se sentó tranquilamente y se puso á leerlo. Entre tanto el caballero que estaba abajo llegó á impacientarse y resolvió llamar la atención del librero pegando con el bastón en el mostrador. Mr. Lyons bajó hecho una furia, y acercándose al caballero exclamó:

—Si V. cree que por consideración al vil dinero voy á deshacerme de este tomo rarísimo, se equivoca. Es V. un impertinente.... ¡Salga V. de aquí!

Mr. Lyons no poseía los elementos de un buen comerciante, pero era un tipo admirable del bibliófilo.

—¿Quiere V saber lo que yo pienso acerca de las singularidades de los coleccionistas de libros?—dijo un conocido librero de obras raras á un *reporter* del *New York Herald*.—Me será difícil definir claramente mi impresión, aunque son muchísimos los que conozco, y los conozco muy bien. Qué son excéntricos, no puede negarse, pero no son tontos ni lunáticos como muchos pretenden. A lo sumo se les puede llamar monomaniacos. Todos son instruidos y los más tienen mucho dinero. Son aficionados á los libros raros y no hay sacrificio de tiempo y dinero que no hagan para satisfacer su gusto. Tienen celos unos de los otros y adoptan todo género de medios para ponerse á la cabeza de los demás.

Un rasgo característico de la manía es que en cada época se manifiesta de manera diferente. Primero fueron las ediciones limitadas, luego las ediciones hechas en corto número por algún particular, más tarde los ejemplares de márgen entero, y las encuadernaciones curiosas. La manía actual es por primeras ediciones. También en esto se manifiesta su excentricidad. Si se pone en boga cierto libro ó cierta edición, todos quieren procurarse un ejemplar. Si llegais á convencerlos de que Juan y Pedro se han cansado de un libro, inmediatamente procuran vender sus ejemplares, cualquiera que sea la suma que les hayan costado. Cada cual querrá un libro porque otro lo estima, no por su valor intrínseco. Hay algo de convencionalismo en todo lo que hacen.

Otro síntoma de la manía es el intenso deseo de que los rivales presencien sus adquisiciones. He visto á ciertos señores que han pagado gustosos 500 duros por un libro en un remate y no hubieran dado 300 duros por el mismo ejemplar en una venta particular. Les place que los demás presencien sus compras.

—¿Qué es lo que, por lo general, fija el valor de un ejemplar raro?

—Hay varias cosas; aunque el tiempo suele ser el elemento principal del valor, en el concepto del coleccionista. Un libro, sin embargo, puede ser nuevo y tener mucho valor; en cambio, los hay muy viejos que, por ser comunes, se venden muy baratos. Los autógrafos de autores de cierta talla también dan precio á los libros. Unos estiman los libros por los grabados y otros dan mucha importancia á las encuadernaciones. Se da siempre la preferencia á los ejemplares de gran márgen y no cortados.

Es un error muy común creer que son preferidos los libros manchados por el tiempo. Los aficionados son sumamente escrupulosos; y pierde mucho para ellos un libro manchado ó que tiene una hoja rota.

—¿Cómo consiguen los libreros y los coleccionistas libros raros y curiosos?

—Por lo general todos los libros viejos se adquieren ahora en los remates. Antes se encontraban en parajes poco frecuentados, cosa que sucede rarísimas veces ahora. Pero no hace mucho un amigo mio compró por diez reales un libro que vendió despues por más de 1,000; sin embargo, estos hallazgos son muy raros y lo van siendo cada vez más.

Cuando un bibliófilo encuentre un libro de mérito verdadero y completamente desconocido, sus envidiosos le llamarán Colon y sacrificarán honra, fortuna y vida para llegar á ser sus Américos Vespucios.

* *

El éxito alcanzado por *Lami Fritz* en el teatro de la Comedia pone de manifiesto una verdad palmaria y que debe servir de enseñanza á los dramaturgos españoles. El público acepta y aplaude la comedia de cuadros: es decir, que puede prescindir del interés de una acción bien encadenada y abundante en sucesos, si en cambio se le dan primores de ejecución y forma, maravillas de pintura y color. Es el advenimiento del color á la escena, único camino por donde pueden llegar á la escena los grandes alientos y el espíritu innovador de los novelistas españoles.

* *

El amigo Fritz es una comedia contra el celibato y á favor de las mujeres solteras. Tal pensamiento no puede menos de ser recibido con simpatía por el bello sexo; pero hay empedernidos célibes que no se dejan convencer.

—¿Qué prueba el *amigo Fritz*? ¿que hay mujeres guapas? Estoy convencido de ello. ¿Que su influencia se ejerce de un modo sensible sobre los hombres? Lo sé también. ¿Que el hombre siente afición á la mujer?... Una y cien veces convencido, persuadido y conforme... Pero es que los célibes no rechazamos la mujer, sino los efectos del matrimonio. La mujer es una hermosa premisa, pero sus consecuencias son horribles.

La verdad es que la sátira de los célibes contra el matrimonio va de capa caída. El celibato es una planta parásita.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

CUARTETO, cuadro por M. Daunat

El pueblo es músico por excelencia, y el de España con más motivo, puesto que, según cierto refrán, quien canta su mal espanta, y en nuestro desdichado país son tantos los males que nos agobian, que deberíamos estar cantando veinticuatro horas al día.

Además, España, hermana de Italia por tantos conceptos, ha de tener análogas inclinaciones, esas inclinaciones propias de los países que baña el sol en todo su esplendor y en cuyas peñas crecen casi espontáneamente el rico olivo y la vid preciada, rodeados de verdaderas guirnalda de silvestres rosas.

El cuadro de Daunat representa, pues, una escena popular en España. ¿Qué cantan sus personajes?... No es difícil adivinarlo: aragoneses son sus tipos; luego cantan la jota, la clásica jota, esa melodía que nos legaron los árabes y que ha llegado á ser el aire más popular y generalizado de nuestros aires nacionales.

Donde quiera que una mano, siquiera sea imperita, rasgue un compás de jota en la más acatarrada de las guitarras, allí se encuentra un aragonés dispuesto á endilgarle una copla á la patria, á la novia ó á la *Pilarica*, que es la síntesis suprema de toda la religiosidad aragonesa.

Los tipos del cuadro de Daunat son realmente indígenas: únicamente la mujer podría dar algo que decir, así su fisonomía como su traje, á los que tengan verdadero conocimiento de las paisanas de Agustina Zaragoza.

QUÉ POSMA..., dibujo por Seymour

Si, señores; qué posma... Esto piensa la jóven de nuestro dibujo; y aún pudiera añadir, qué desatento y qué ingrato...

Permitir que su hermosa novia se tome la molestia de salir á su encuentro, dejar que sus diminutos piés se hundan en el lodazal de los campos, consentir que el aire húmedo del crepúsculo vespertino aje su aterciopelado cutis... Y todo porque el señorito ha tenido que despachar un pleito, ó visitar á un enfermo ó liquidar una operación de Bolsa... Como si las niñas bonitas en-

tendieran de estas cosas, ó se tuvieran que fastidiar por un *dése vista*, una apoplejía más ó menos, ó algunos céntimos de *baja* en el 4 por 100.

El autor de este dibujo ha interpretado felizmente el asunto. La jóven respira candor: por más que indudablemente espera á alguno, nadie sospechará que acuda á una cita indecorosa, ni que la impaciencia que revela su mirada pueda confundirse con la zozobra ó el temor inseparables de la mujer que acude á una cita en que arriesga su honra.

En esto consiste el talento de Seymour. Cuando una composición contiene un solo personaje, es menester que éste no diga más ni menos que lo que debe decir. Equivóquese la más pequeña línea, en la boca ó en los ojos principalmente, y lo que se propuso hacer á semejanza de Dios, saldrá animado por el soplo del diablo.

LA CARIDAD, copia de un cuadro del Correggio

No se necesita ser inteligente ni aspirar al título de erudito, para que, á la simple vista de este cuadro, se comprenda que procede de la grande época, de la época clásica del arte. La pureza y energía de su factura, la corrección de su dibujo, la sobriedad de su composición, dicen de sobra que lo debió ejecutar un gran maestro.

Con efecto, el Correggio, que así se le llama del pueblo de su nacimiento, Reggio, en el ducado de Módena, nacido en 1494 y muerto en 1534, fué contemporáneo de Rafael, Miguel Angel, Leonardo de Vinci y Andrés del Sarto. Emulado por tan grandes artistas y dotado de prodigioso genio, si bien su estilo es el de la escuela italiana, tiene cierto carácter que le ha valido el título de fundador de la escuela lombarda.

¿Cómo se llamaba, realmente, el Correggio?... Hé aquí una cuestión singular. Sus biógrafos dicen, generalmente, que Antonio Allegri era su nombre; sin embargo, tenemos á la vista un documento en que el célebre pintor escribe por su mano lo siguiente: *Yyo Antonio Lieto de Correggio*. Es singular que, en ambos casos, el apellido italiano equivale á alegre, festivo, persona de buen humor.

¿Merece la pena de ilustrar este punto? Opinamos que no: el verdadero nombre del genio son sus obras: Rafael se llama *la Perla*, Velazquez se llama *las Hilanderas*, Murillo se llama *la Inmaculada*, Correggio se llama *la Caridad*.

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS, dibujo de Giacomelli

Las golondrinas son las aves cantadas más cariñosamente por los poetas. Entre otras eminencias modernas, las han dedicado versos Víctor Hugo y Lamartine, Zorrilla y Becquer.

Giacomelli es el artista amigo de los pájaros, el que mejor los ha conocido y ha tratado.

Sin duda por ser golondrinas y por ser de Giacomelli nos son tan simpáticas las del dibujo que publicamos.

ANTAÑO, dibujo por A. Zick

Hace medio siglo, la aparición de una diligencia colmó el *desideratum* de los más exigentes en materia de locomoción.

Como la afición de los romanos á construir puentes en los caminos públicos no había encontrado grandes imitadores desde la invasión de los bárbaros, allí donde la ruta era interrumpida por un río, se cargaba bonitamente el pesado vehículo en una balsa bastante primitiva, y se le conducía á la orilla opuesta del mejor modo que Dios daba á entender, cuando la corriente no disponía otra cosa. Aun así, las gentes del campo, que permanecían en estado natural ó poco menos, contemplaban estupefactos este ingenioso sistema, que retrotraía la inventiva de la ciencia á los tiempos del Arca de Noé.

El dibujo de Zick que publicamos, sin ser una gran obra de arte, da una idea de esa maniobra y del efecto que producía en las gentes sencillas, hasta que el rugido de la locomotora lanzó á los pueblos á la lucha de la civilización, como algunos siglos ántes, la trompa guerrera les había lanzado á la lucha trabada entre la fuerza y la ignorancia.

Dígame lo que se quiera, es mucho más simpático y provechoso el silbido del vapor que el silbido de las balsas.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA MATANZA DE MACHECOUL, cuadro por F. Flameng

Teatro de horribles escenas fué la nación francesa á últimos del pasado siglo. En guerra con casi toda Europa, y, lo que es peor, consigo misma, al calor de la exageración política, nacieron los odios de partido: la necesidad de defenderse á todo trance, sentida en uno y otro campo, fué causa del terror impuesto á todo trance también; y mientras en Nantes eran arrojados al mar pelotones de realistas, para acabar con ellos más prontamente, en la Vendée eran sacrificados sin más piedad los prisioneros republicanos.

El ardor de la venganza llegó á tal paroxismo que por mucho tiempo se atrofiaron los dulces sentimientos del corazón humano. Las mujeres mismas, seres nacidos para compadecer y amar, parecían como embriagadas por la sangre que á torrentes se derramaba: así las vemos en París descender de sus buhardillas y danzar en torno á la guillotina como frenéticas bacantes, y en Bretaña descen-

der de sus castillos y presenciar, tranquilas y hasta satisfechas, el suplicio de los soldados de la patria. Ni se pedía, ni se daba cuartel: cual en los tiempos de Diocleciano, se inventaban torturas para debilitar el ánimo de los que combatían por su fe en el campo enemigo, y el corazón más varonil se estrema al recuerdo de aquel *delirium tremens* de un pueblo culto.

Un pintor de talento ha dado forma á una de esas escenas, de las cuales se apartaría la vista con horror, si la fuerza del genio no la atrajera, á pesar suyo, hácia una composición grandiosa, ejecutada con pulso firme, dibujo sobresaliente y perfecto conocimiento de los hombres y de las cosas.

LOS APLAUDIDORES

Dice Plutarco, y hay que creerlo bajo la fe de su honrada y verídica pluma, que los griegos se gastaron en las representaciones de las tragedias *Las Bacantes*, de *Las Fenicias*, del *Edipo*, de *La Antígona*, de *La Medea* y de *La Electra*, más oro que en las célebres guerras de Persia. ¡Qué dirían los modernos adoradores del frac y del *polisson*, que tanto se admiran de las botitas de raso de las *suripantas*, y de las decoraciones de los modernos espectáculos, si presenciaran la representación de una tragedia de los buenos tiempos de la Grecia, de aquellos teatros, que tenían por bóveda el cielo, y á cuya representación asistían millares de almas; de aquellos teatros que, como el de Taormina, tenían por base el monte Etna y por foro la inmensidad del mar!...

Allí las decoraciones en lugar de ser pintadas eran naturales porque se rendía tal adoración al arte, que todo les parecía pequeño para enaltecerlo.

Pero el teatro para los griegos era una necesidad inspirada por el sagrado fuego del patriotismo; en sus teatros no solamente se representaba la obra dramática, sino que se discutían las trascendentales cuestiones del Estado y las discusiones filosóficas; había algo de sublime en el silencio religioso de aquella inmensidad de espectadores que acudía á ilustrarse y á fallar en los graves acontecimientos de su patria.

Los griegos pronuncian siempre con veneración los nombres de Frinico, que fué el que introdujo por primera vez en la escena á las mujeres; de Querilo, que dió trajes á los actores; y del inmortal Esquilo, que debe considerarse como el verdadero fundador del teatro griego.

La China y la India representaban sus tragedias y erigían sus teatros junto á las pagodas para dar más solemnidad al espectáculo: nosotros, más preocupados y menos amantes del arte, establecemos *teatros-cafés*, en donde la literatura y la moralidad se ven postergadas por media copa de aguardiente de caña que abrasa la garganta, y una pieza cómica que da náuseas, que revuelve el estómago, con sus chistes de taberna.

Pero el teatro se va haciendo viejo, y por eso sin duda ha llegado la época de su decadencia: fundado en Grecia el año 540 antes de J. C., ha llegado á nosotros á la edad de 2,424 años, y á pesar de tan prolongada ancianidad, el público le falta al respeto con frecuencia, burlándose de los histriones y rapsodistas que profanan el templo sagrado de Talía.

En nuestros modernos coliseos muchas veces el público que paga se irrita contra esa parte del público que entra de balde, y que obedeciendo á una consigna aplaude frecuentemente á los actores, aunque no siempre con gran oportunidad.

Los *aplaudidores* han llegado á ser entre nosotros una necesidad hija de la indiferencia de esos espectadores que se entretienen durante la primera representación de una obra dramática en leer *La Correspondencia de España*, ó dirigir los gemelos hácia el palco donde se hallan las señoras de sus pensamientos: crímenes son estos que Neron hubiera castigado con la muerte, porque Neron, el imperial artista, llevó á tan alto grado su entusiasmo por el teatro, que castigaba con la muerte al espectador que se dormía cuando él representaba.

Votino, el feroz zapatero de viejo, el más querido de los favoritos de Neron, que aplaudía siempre como un energúmeno, que en los espectáculos lloraba y reía como nadie en Roma, que imitaba con su voz el rugido de las tempestades, el murmullo cadencioso de las hojas en el bosque y el suave gemido de la brisa, fué nombrado jefe del *cuadro de aplaudidores* neronianos, que en número de cinco mil, producía una tempestad atronadora de aplausos y bravos siempre que su señor se presentaba en escena.

Infeliz, desdichado el espectador que se atreviese con su sueño ó con su indiferencia á ofender el arte dramático, porque era despedazado por los *aplaudidores*, sin que le salvaran ni su jerarquía, ni su sexo; su muerte era segura, y aunque esta conducta tenía mucho de brutal, como todos los actos del hijo amado de Agripina, muchas veces, lo confieso, echo de ménos en nuestros teatros á Neron.

El teatro no es sólo un pasatiempo, sino una necesidad pública; el año 391 de Roma, durante la terrible peste, los romanos introdujeron en su gran ciudad los espectáculos con el objeto de desagrar á sus dioses. Los toscanos ya conocían el teatro, y ellos lo introdujeron en Roma; de Etruria eran los primeros histriones que entretuvieron los oídos de los hijos de la Loba, bailando al son de la flauta; porque los romanos no entendían su idioma; pero pronto la más selecta juventud romana empezó á imitar á estos advenedizos á quienes llamaban histriones, palabra que aún hoy se emplea para denigrar á

nuestros actores, ignorando sin duda que se deriva de la voz toscana *hister*, y significa *actor* en aquella lengua.

Los *aplaudidores*, pues, tienen su origen muy antiguo y parece que la *jefatura de la alabarda teatral* se halla vinculada entre los zapateros de viejo, pues cuentan las crónicas de bastidores que en España, allá por los años de 1644, vivió un zapatero remendon que tenía su mezuquina tienda en un portal no lejos del *Corral de la Pacheca*. Llamábase el remendon maese Jerónimo Sanchez y era jefe de los *terribles mosqueteros* que tantos sudores hacían pasar á los poetas, los cómicos y los danzantes del siglo de Calderon de la Barca.

Jerónimo Sanchez no sabía leer ni escribir; pero juzgaba con el corazón las obras dramáticas, y siempre con gran imparcialidad y justicia; era la franca manifestación del público que va al teatro á gozar y á sentir, y á quien la gente de alto coturno denomina, en tono despreciativo, vulgo.

Las enormes manos de maese Jerónimo producían, al cerrarse, el ruido atronador de una tempestad; sus pulmones eran de acero; su voz, al vitorear á los cómicos, parecía un cañonazo; su rectitud, inquebrantable; ni los halagos ni las dádivas le seducían; hijo del trabajo, Sanchez se ganaba honradamente la vida poniendo tacones y medias sueltas á las botas de los cómicos y los poetas, lo que si bien no le dejaba grandes utilidades, en cambio halagaba su amor propio, porque era un verdadero amante del arte.

Jefe de los *mosqueteros*, nombre que por entonces se daba á los *aplaudidores*, Jerónimo era el terror de los poetas y de los cómicos, y se cuenta que un día que Lope de Vega iba á ensayar una comedia suya al *Corral de la Pacheca*, se detuvo en el zaquizamí de Sanchez y despues de preguntarle por unos zapatos que le había enviado, para que le recosiera una *oreja* que se le había descosido, le dijo, en són de broma, formulando al mismo tiempo una sonrisita digna del autor de *El mejor alcalde el rey*:

—Maese Jerónimo; esta tarde se estrena una comedia mia en el *Corral de la Pacheca* y espero que ucé y sus *terribles mosqueteros* sean buenos amigos del auctor.

Sanchez miró al gran poeta por encima de las antiparras, inclinó luego la cabeza, introdujo la lezna en la húmeda suela, y continuando su interrumpido trabajo, dijo:

—Allá veremos si su merced lo merece.

Los caracteres enteros van por desgracia desapareciendo de nuestra moderna sociedad. Maese Jerónimo Sanchez era un hombre de conciencia, que había tomado por lo serio la *jefatura de los aplaudidores*.

En tiempo de Moratin y Comellas, ó como si dijéramos, el verdugo y la víctima, hubo también sus *aplaudidores*, divididos en dos bandos, *Chorizos* y *Polacos*; y si bien muchas veces los poetas y los cómicos fueron víctimas inocentes del odio del *partido*, los éxitos en cambio eran más ruidosos y el entusiasmo por el teatro más grande.

La indiferencia es la peor de las muertes, y esa es la que tiene de un modo grave nuestra moderna escena.

Moratin escribió con toda la mala intención de su correcta y cruel pluma *El Café ó la comedia nueva* para matar á un autor dramático contemporáneo suyo, que seguía un mal camino, guiado por las imperiosas exigencias de su estómago. El autor de *El sí de las niñas* fué harto cruel con el autor de *El cerco de Viena*, que trabajaba para comer, y á quien las empresas teatrales le encargaban obras de gran espectáculo para entretener el ocio del público y ganar dinero.

Comellas fué una víctima de la necesidad; la pobreza le tenía sujeto con sus garras de hierro, la tristeza batía sus negras alas en la humilde buhardilla de aquel poeta, que pervertía el gusto del público, muriéndose de hambre al són de los aplausos. Moratin sabía esto, y en vez de compadecerle se ensañó con él cruelmente; Moratin no había sentido nunca hambre; en Comellas el hambre era la enfermedad crónica de su estómago. Moratin decía en són de broma á sus amigos:

—Comellas sólo vive en invierno, como los besugos, porque en esa época le compran sus aberraciones dramáticas los empresarios.

El infeliz Comellas sabía esto, y murmuraba en voz baja:

—Es verdad; pero Moratin ignora que sólo me dan 25 duros por cada comedia, y tengo necesidad de escribir ocho cada año para no morir de hambre.

Todo cuanto rodeaba á Comellas era ridículo y triste á la par; visto de lejos, hacia reír; visto de cerca, hacia llorar.

Una mañana, el pobre Comellas, apoyado en su baston, se paseaba por la orilla del Canal, combinando sin duda en su mente alguna de sus aberraciones dramáticas. No había comido en treinta y seis horas; su estómago le dirigía rudas, terribles reconvenciones, pero él procuraba no oírlo.

De pronto, sintió que una mano se apoyaba familiarmente en su espalda; volvió la cabeza, y se encontró frente á frente de uno de los pocos amigos que tenía.

—¿Qué haces por aquí?—le preguntó.

—Me paseo y pienso,—contestó Comellas, dejando asomar á sus labios la triste sonrisa de los mártires.

—Me alegro de encontrarte. ¿Quieres almorzar conmigo?...

Comellas creyó en la Providencia; aceptó el almuerzo, y ambos ocuparon una mesa junto á la puerta de un ventorrillo inmediato.

En aquel establecimiento primitivo no había más que chorizos cocidos, caracoles y bacalao frito.

Comellas comió mucho, todo cuanto necesitó para calmar su hambre, y aquella misma noche murió víctima de un cólico cerrado, en su buhardilla, sin otros auxilios que los que le prestó su cariñosa hija, pobre jóven contrahecha, que abrigaba en su disforme cuerpo una alma pura y sencilla.

¡Pobre Comellas!... Quién sabe si Moratin se alegró de su muerte; todo es posible, tratándose de un español á la francesa, que siguió con demasiado servilismo las huellas del inmortal Molière.

Si hoy viviera Moratin no lograría lo que entonces consiguió: aunque escribiera doce comedias como *El Café*, quedaría vencido, derrotado ante un coro de *suripantas* con las pantorrillas al aire ó el provocativo contoneo de una tiple de los *Bufos*, cantando un *couplet* á la francesa, desvergonzado y picaresco como el *Can-can*.

Para arrancar á nuestro teatro de la postración en que se halla, se necesitan tres cosas bastante difíciles de conseguir en estos tiempos; primero, que los autores dramáticos abandonen el campo agostado de la política y vuelvan al teatro á trabajar con fe y entusiasmo; segundo, que los actores sepan más y se aprecien en ménos; y tercero, que un moderno Neron envíe á Fernando Pío á los espectadores que se rien durante la representación y lean *La Correspondencia* en las noches de estreno.

Lloremos pues mientras tanto sobre las ruinas del teatro, como los macabeos lloraron la pérdida del Arca Santa, y esperemos el día de la regeneración, el día en que un nuevo *Cristo de la escena* arroje con su látigo á los traficantes y profanadores del inmortal templo de Talía.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

EL FANATISMO DEL DIABLO

POR DON RAMON MARTINEZ DE FUENSANTA

I

Fuente-Cantos es un pueblecito de Extremadura, situado en un país en que abundan los montes y las cañadas y casi separado del resto del mundo habitado; pues en algunas leguas á la redonda sólo se encuentra la insignificante ciudad de Llerena.

En las afueras del pueblo hay una casa de campo con honores de quinta, que por los años de 1862 ó 63, pertenecía á la Vizcondesa de Sorel, señora viuda y sin más familia allegada que una sobrina carnal, huérfana y que vivía en su compañía.

La Vizcondesa residía habitualmente en Madrid, en donde hacía una vida muy monótona y retirada, en armonía con sus dos mil duros escasos de renta, y casi todos los años pasaba el estío en su casa de Fuente-Cantos.

Eulalia, su sobrina, era una bonita jóven de veintidos años de edad, con hermosos cabellos negros, grandes ojos garzos, tez blanca y pálida, y expresión candorosa.

En una fresca tarde del mes de julio, tia y sobrina estaban sentadas á la puerta de su casa y el siguiente diálogo simplificará muchos detalles que serían precisos para más claridad de los acontecimientos subsiguientes.

—¿Tú le quieres?

—Yo, tia.....

—Vamos, le quieres, eso se conoce á la legua, y Diego, además de merecerlo, te conviene. Es jóven, guapo, capitán de caballería, con renta aunque no muy grande. Pertenece á una buena familia, y, como es inteligente y tiene relaciones, hará carrera. Yo bien quisiera para tí un partido más ventajoso; pero, querida, tú no cuentas más que con tu pensión de huérfana de general, que perderás en cuanto contraigas matrimonio, y con lo poco que yo pueda darte y legarte al morir. En estas condiciones, y sólo por tu linda cara, no debemos tener grandes aspiraciones.

—Yo, tia, no tengo ninguna.

—Pues bueno; ayer Diego me indicó que tenía que hablarme, y como supongo que sería para pedirme tu mano, plenamente autorizada, tendré á bien concederla?... Yo creo que los dos estais muy enamorados.... Pero veo á Cleto que nos hace señas con la servilleta. Vamos á comer.

Las dos señoras entraron en la casa.

II

La servidumbre de la Vizcondesa de Sorel se reducía á dos criados, una mujer de edad, llamada Felipa, que hacía muchos años que estaba en la casa, y un jóven de veinte, de nombre Anacleto ó Cleto para mayor brevedad, el cual, como interviene grandemente en esta narración, exige que nos fijemos en él.

Era, ó mejor dicho, había sido hijo de la nodriza de la Vizcondesa y de un indio filipino, ayuda de cámara del Vizconde. Sus padres murieron á consecuencia del cólera de 1855, y nacido en la casa de Sorel, siempre había vivido en ella estando considerado casi como de la familia.

Cleto, de corta estatura, de cara afeminada, sombreada apenas por un ligero vello, y sumamente delgado y nervioso, no obstante sus veinte años parecía un niño crecido. Su tez tenía el color cetrino peculiar á su raza, modificado un tanto por la sangre materna. En cuanto á su carácter moral no ofrecía ninguno saliente: sin embargo, D. Servando, el buen cura párroco de Fuente-Cantos, desde que le vió por primera vez, había dicho á la Vizcondesa:



¡QUÉ POSMA!.. dibujo por Seymour



LA MATANZA DE MACHECOUL, CUADRO POR F. FLAMENG



LA CARIDAD, copia de un cuadro del Correggio

«Hace año y medio yo estaba en Madrid y frecuentaba el Casino. Allí jugaba como casi todos. Una noche, después de una partida violenta, quedamos solos dos jugadores: el Barón de Portbou y yo, y entablamos lo que en términos técnicos se llama una guerra fina.

»Algunos socios presenciaban nuestro juego.

»Este, al principio osciló, mas por fin se decidió en contra mía.

»Perdía y perdía con tenacidad.

»Estaba sobrecitado, y aunque nunca he sido jugador encarnizado, aquella noche el demonio del juego se apoderó de mí.

»Supuse que mi adversario no jugaba limpio, y exaltado hasta el colmo, á consecuencia de una jugada dudosa, en la que todos los espectadores fallaron á favor del Barón, me lancé sobre éste y le abofeteé.

»Después he sentido mi arrebato, pues me he cerciorado de que el Barón de Portbou, perteneciente á la buena nobleza catalana, es un hombre digno.

»Nos batimos, heríle casi mortalmente, y conociendo mi falta, le cuidé sin dejar apenas la cabecera de su cama.

»Por fin se restableció, aunque lentamente. En el momento en que pudo comprenderme, casi de rodillas le pedí perdón de mi arrebato, pero el Barón tiene un carácter implacable, incapaz de olvidar una injuria y me rechazó.

»No,—me dijo,—V. me ha abofeteado y nunca le perdonaré. En cuanto pueda sostener un arma, buscaré á V. y continuaremos nuestro duelo á muerte. Ahora, déjeme, su presencia me hace daño.»

»En vano insistí, y persuadido de que todo era inútil, me separé de él desesperado. Antes de su completa convalecencia, asuntos del servicio me alejaron de Madrid y no volví á oír hablar del Barón.

»Creí que el tiempo trascurrido había apaciguado su rencor, pero ¡ay señor cura! me equivocaba; el Barón ha llegado esta noche á Llerena...»

—¿Es posible?—interrumpió la Vizcondesa —¿Pueden existir esos odios, esas venganzas?

—¡Ah, señora, sí! Los hombres dan gran importancia á eso que llaman punto de honor. El ejemplo del divino Maestro es olvidado y su semilla no fructifica.

—¡Oh, señor cura! pero Diego no se batirá por segunda vez?

—El capitán se batirá treinta veces; según su código de honor, no podía rehusar ninguna satisfacción al hombre á quien había abofeteado.

—¡Ah!

«Hoy mismo,—me dijo D. Diego,—mi adversario y yo partimos para la frontera portuguesa, en donde debe verificarse nuestro lance. No tengo valor para ver á Eulalia y á su tía, y ruego á V. que les entregue estas cartas; pero como he dicho, guardando el secreto de este relato, como si fuera en confesión.»

—Quise disuadirle, le indiqué que vería al Barón para atraerle á sentimientos más conciliatorios. «No,—me dijo,—V. no le conoce, no quiero exponer á V. á un grosero desaire. Dios me castiga por mi irascibilidad; fuerza es sufrir las consecuencias.»

—En balde aduje nuevas razones para disuadirle de aquel duelo mortal; el capitán no atendía, ó mejor dicho, no podía atender á ninguna, dado su punto de vista sobre el honor.

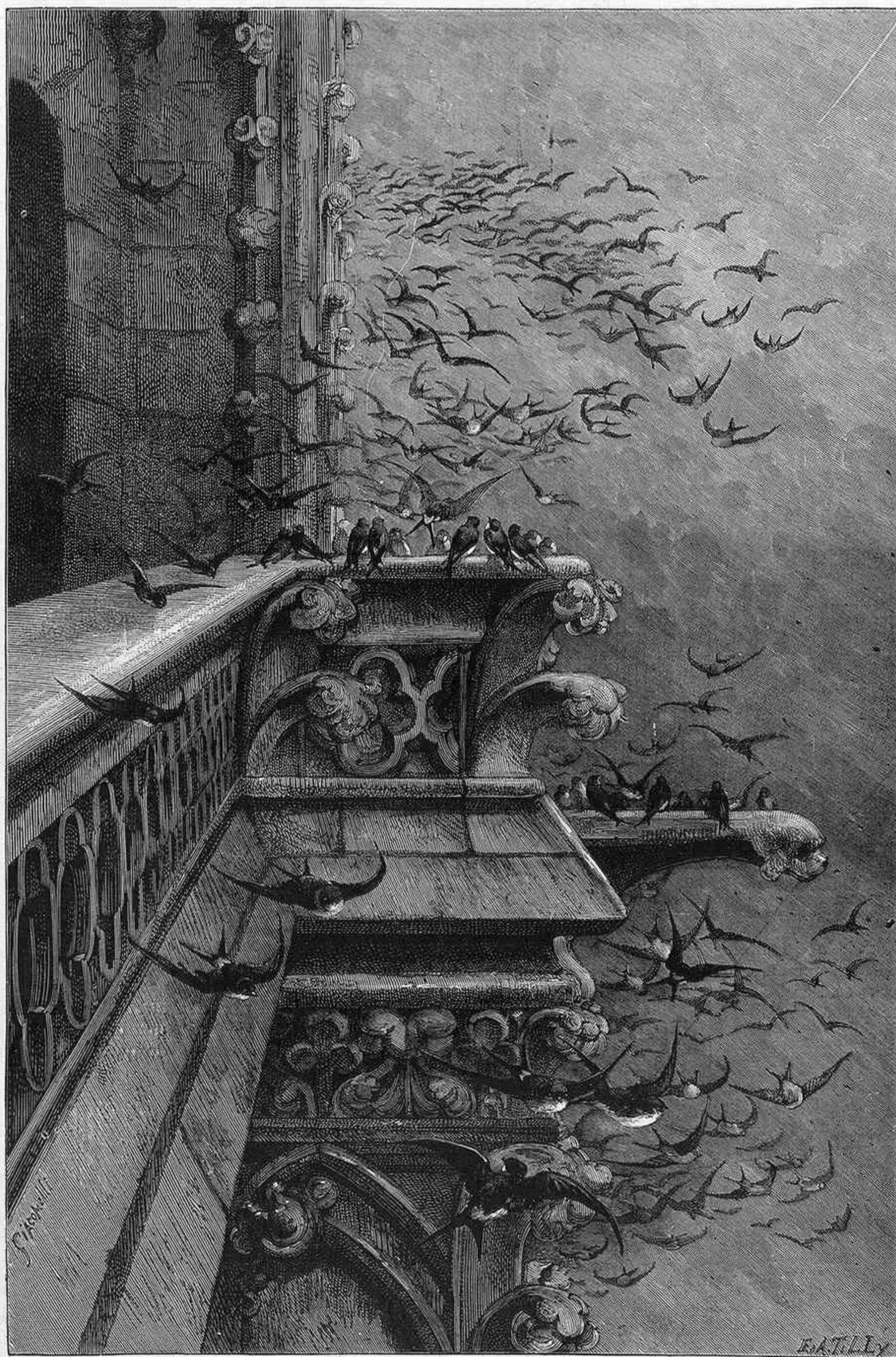
«En la carta que escribo á Eulalia,—añadió,—la devuelvo su palabra si no he vuelto á su lado antes de quince días, y entonces V. también puede obrar como crea oportuno, revelando ó no este fatal é imprevisto suceso. Antes del plazo que indico estaré al lado de mi prometida ó muerto, ó por lo menos V. recibirá noticias mías.

—¿Y las ha recibido V.?—preguntó la Vizcondesa con viva ansiedad.

—Ninguna, señora. He dejado pasar cinco días después del término fijado por D. Diego, esperando siempre saber de él, hasta que hoy me he decidido á hablar á V.

—Pero ¿no hay ningún indicio de la suerte que ha caído al capitán?

—Ninguno.



LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS, dibujo de Giacomelli

—¿Habrá muerto, estará herido? ¿Cree V. que ha muerto?

—Yo no quiero creer nada,—contestó el sacerdote inclinando la cabeza.

—Esta incertidumbre es horrible; ¡pobre Eulalia! cuando sepa...

—Opino, señora, que no debe saber nada, al menos por ahora. La esperanza es la vida, y conviene no desvanecer la suya por completo. La juventud tiene tesoros de fortaleza, el tiempo labra mucho, quizá Eulalia recobre la salud y entonces podrá saber la verdad. Sin contar que ¡quién sabe! tal vez sepamos noticias positivas de D. Diego.

VII

Una vez acordado no decir nada á Eulalia, las cosas siguieron lo mismo; las esperanzas de D. Servando no se cumplieron; la pobre joven continuaba en su estado de abatimiento.

La Vizcondesa desolada no sabía qué hacer. Debiendo ir á Sevilla á percibir la herencia de su cuñada, propuso á aquella que la acompañase con objeto de que el viaje la sirviera de distracción, pero ella mostró deseos de quedarse, y su tía no insistió.

Se convino en que Cleto acompañara á su ama, y como por entonces aún no se había establecido el servicio de diligencias que en la actualidad pasa por Fuente-Cantos, yendo á Sevilla, la Vizcondesa determinó hacer el viaje en un coche de collera de su propiedad.

Desde el punto en que Cleto supo que debía acompañar á su señora, tomó un aspecto singular; tal vez aquella contrariedad de separarse, aunque por breve tiempo, de Eulalia, le preocupaba y le entristecía. Hallábase pensativo y como ensimismado, y sus paseos solitarios eran más frecuentes.

Una mañana muy temprano, partieron los viajeros en

el coche, tirado por cuatro vigorosas mulas guiadas por el jardinero de la Vizcondesa.

Desde aquel día D. Servando apenas se separó de Eulalia, tratando de hacerla concebir esperanzas de las que él no participaba.

La pobre joven no hablaba nunca de D. Diego, pero harto se comprendía que la memoria de este era su constante preocupación.

Pasados unos días se recibió carta de la Vizcondesa; había llegado á Sevilla con toda felicidad; las formalidades legales para la entrega de la cantidad depositada se activaban; su regreso sería pronto.

La Vizcondesa hablaba además de un plus de herencia inesperado, consistente en las alhajas de su cuñada, de oro y pedrería.

Algun tiempo después llegó una segunda carta de la viajera. Todo estaba listo y pronto se pondría en camino. Había dudado qué hacer del dinero recibido, pero habiendo sabido que en el Pedroso y en Llerena se vendían propiedades que tenían un gran porvenir cuando se estableciera la línea de ferro-carril proyectada, decidía traerla á Fuente-Cantos para evitarse giro y molestias.

Eulalia no prestaba atención á estas cuestiones de interés; su pensamiento estaba en otra parte.

(Continuará)

LA CIENCIA ANTIGUA

LOS ÓRGANOS HIDRÁULICOS

El instrumento de música más perfecto de cuantos se conocieron en la antigüedad es sin disputa el *órgano hidráulico ó hidraula*. Con su voz potente llenaba los espacios circos en que combatían los gladiadores, y Petronio refiere que Neron hizo en cierta ocasión el voto de tocarlo él mismo en público si se libraba de un peligro de que estaba amenazado.

Atribúyese su invención á Ctesibio, que vivía en Alejandría en el siglo segundo antes de nuestra era. Este Ctesibio, que ejerció la profesión de barbero en su juventud, consiguió, gracias al arte con que su esposa Sais tocaba dicho instrumento, adquirir suficientes riquezas para construir todas las máquinas ingeniosas que han legado su nombre á la posteridad.

Hasta ahora los eruditos no estaban muy seguros acerca de los detalles de su construcción, y aunque Vitruvio la describió, lo hizo en términos tan confusos, que el último traductor de las obras del arquitecto romano, exclama en una nota, después de agotar los recursos de su imaginación para acertar con la descripción susodicha: «¿De qué figura nos valdremos para dar á conocer la verdadera forma de los órganos antiguos? La descripción que de ellos nos da Vitruvio únicamente podrán comprenderla bien, y él mismo lo confiesa así, los que conozcan el instrumento por haberlo tocado. Pero ¿dónde podremos encontrar órganos antiguos? ¿En qué monumento primitivo los hallaremos representados de modo que presten auxilio á nuestra inteligencia?»

Pues bien, el monumento que este traductor desea, existe, y se encuentra en los escritos de Heron, en esa mina inagotable, y no explorada todavía, de todo cuanto se refiere á la mecánica antigua. Traduciremos literalmente la descripción de Heron, limitándonos á suprimir algunas letras de la figura que la acompaña y que, sin contribuir á su claridad, la recargan con exceso. El dibujo que publicamos es una reproducción del que se encuentra en los manuscritos, pero mejor trazado y más comprensible de lo que supieron hacerlo los inhábiles copistas de la época.

Construcción de un órgano hidráulico.

Sea BA (figura 1) un altar de bronce lleno de agua, en cuyo líquido va metido un hemisferio hueco invertido que se llama el apagador EZH, que deja un paso para el agua alrededor de su fondo y de cuyo vértice salen fuera del altar dos tubos que están en comunicación con su interior.

Uno de estos tubos HK se encorva hacia fuera y comunica con una píxidia (1) NII, que tiene su abertura

(1) Caja cilíndrica que hace aquí las veces de cuerpo de bomba.



ANTAÑO, dibujo por A. Zick

abajo y cuya superficie interior está horadada de modo que recibe un émbolo $\Psi\Sigma$, el cual debe encajar en ella perfectamente para no dar paso al aire. A este émbolo va unido un vástago TY sumamente fuerte al cual se adapta

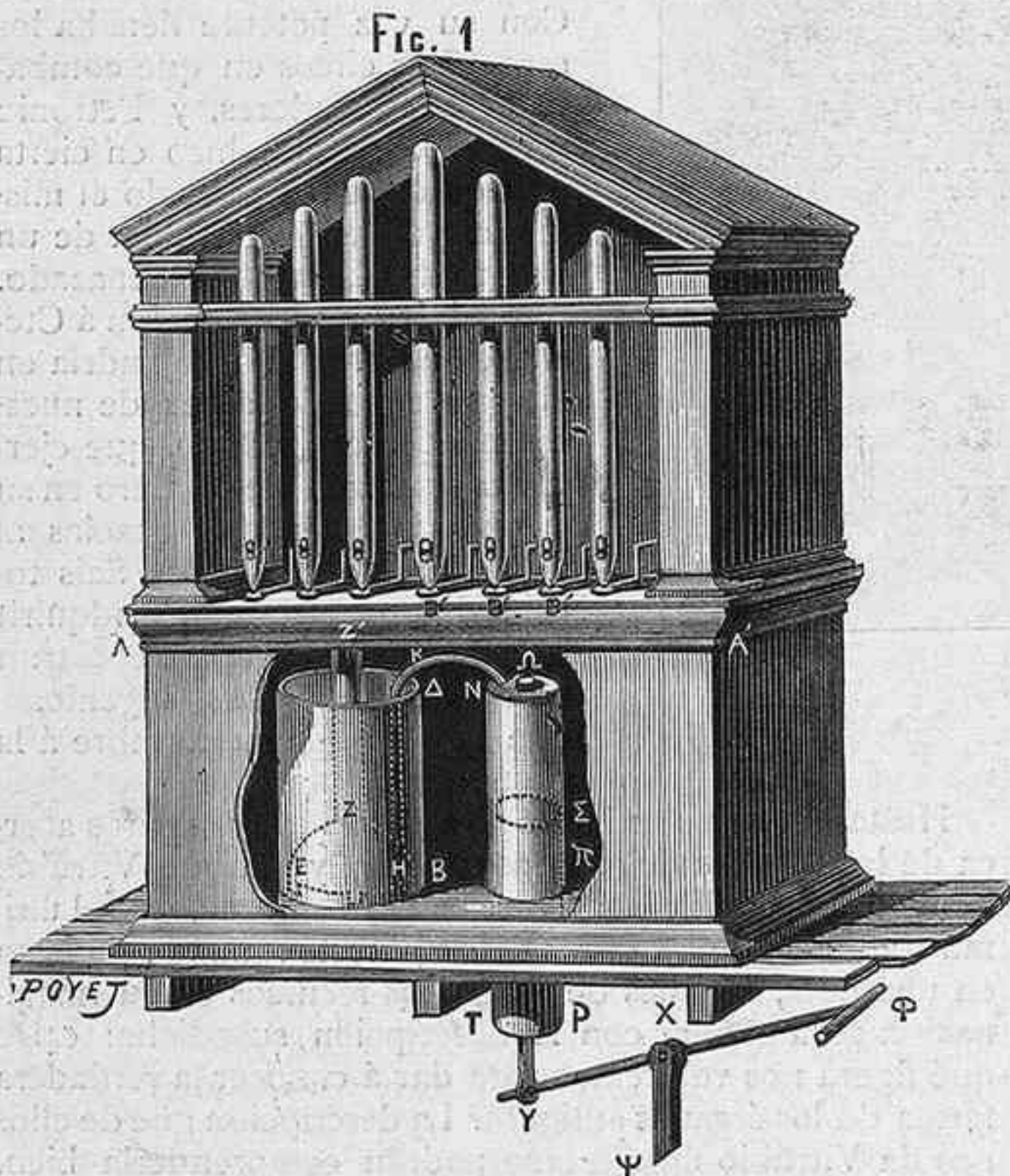


FIG. 1.—ÓRGANO HIDRÁULICO, SEGUN HERON DE ALEJANDRÍA

otro ástago $Y\Phi$ movable alrededor de una clavija en Y (1). Este vástago debe moverse sobre una varilla vertical ΨX sólidamente fija. En el fondo de la pixidia NI se coloca otra pequeña pixidia Ω que comunica con la primera y que en su parte superior está cerrada con una tapadera, la cual tiene un orificio para que el aire pueda penetrar en la pixidia; para cerrar este orificio se pone debajo de él una delgada placa sujeta con cuatro clavijas que pasan al través de los agujeros de la misma placa y que tienen cabezas para que esta no caiga. A dicha placa se le da el nombre de *Platysmation* (fig. 2). El otro tubo ZZ' sube desde el hemisferio EZH y va a parar a otro tubo transversal AA' (2) en el cual se apoyan unos conductos que comunican con él y que tienen en sus extremos *glosocomos* (3) que á su vez comunican con estos conductos ó cañones y cuyos orificios BB' están abiertos. Transversalmente á estos orificios hay unas tapaderas con agujeros (4) las cuales pueden correrse de modo que cuando se las empuja hácia el interior del órgano, sus agujeros corresponden á los orificios de los cañones (y á las abertu-

- (1) El dibujo indica otra disposición:
- (2) Que se llama el *somier* en los órganos modernos.
- (3) Boquillas de flauta.
- (4) Registros.

ras del tubo AA'), y cuando se las retira, cesa la comunicación por cerrarse los conductos.

Si bajamos ahora en Φ la varilla transversal $Y\Phi$, se levantará el émbolo $\Psi\Sigma$ y comprimirá el aire de la pixidia $NEOI$, y este aire hará que se cierre la abertura de la pequeña pixidia por medio del *platysmation* antes descrito. Entonces pasará por el tubo KH al apagador, y de este al tubo transversal $A' B'$ por el tubo ZZ' , y por último, de este último tubo á los conductos, si los orificios corresponden á los agujeros de las tapaderas, lo que sucederá cuando todas estas, ó algunas de ellas solamente, hayan recibido un empuje hácia el interior.

Para que se abran los orificios de ciertos y determinados tubos cuando se desee que estos resuenen, y para que se cierren cuando se quiera que cese el sonido, se adoptará la disposición siguiente:

Consideremos aisladamente una de las embocaduras colocadas en la extremidad (fig. 3). Sean γ δ esta embocadura, δ su orificio, AA' el tubo transversal, y finalmente σ la tapadera adaptada á él y cuyo agujero no coincide en este momento con los de los tubos. Supongamos ahora un sistema articulado compuesto de tres varillas $\Theta\mu$, estando adaptada la varilla $\Theta\delta$ á la tapadera σ y moviéndose el conjunto del sistema alrededor de una clavija μ . Vese en este caso que si bajamos con la mano el extremo ν del sistema hácia el orificio de los *glosocomos*, haremos que se corra la tapadera.

Hácia el interior, y cuando haya llegado, su orificio coincidirá con el de los conductos. Para que la tapadera vuelva espontáneamente hácia la parte de afuera al retirar la mano y cierre toda comunicación, se puede adoptar la disposición siguiente.

«Debajo de los *glosocomos* se pone una regla igual y paralela al tubo AA' á la cual se fijan láminas de asta sólidas y curvas tales como ρ que está enfrente de γ δ ; al extremo de esta plaquita de asta se sujeta un cordelito que se enrolla en el extremo θ , de suerte que cuando la tapa se corre hácia la parte de afuera, el cordel queda tirante. Si se baja entonces el extremo ν empujándose así el registro hácia dentro, el cordel tirará de la placa de asta y la levantará; mas tan luego como cese la presión, la placa recobrará su posición anterior y echará hácia atrás la tapadera de modo que por su orificio no pueda establecerse la comunicación. Adoptada esta disposición para cada *glosocomo*, resulta que para hacer resonar cualquier tubo bastará bajar la tecla correspondiente con el dedo, y al contrario, si se desea que cese el sonido bastará levantar el dedo, con lo cual se correrá la tapadera y se obtendrá el efecto deseado.

»Se echa agua en el pequeño altar para que el aire comprimido expulsado de la pixidia NI pueda quedar retenido en el apagador gracias á la presión del agua y alimentar así los tubos.

»Cuando el émbolo $\Psi\Sigma$ se levanta, empuja al apagador el aire de la pixidia, según queda explicado; y cuando se baja, abre el *platysmation* de la pixidia pequeña. Por este medio la pixidia NI se llena el aire pro-

cedente del exterior que el émbolo levantado de nuevo introduce en el apagador.

»Sería mejor hacer que la varilla TY se moviera en T alrededor de una clavija y fijar en el fondo P del émbolo una brida al través de la cual pasaría esta clavija de modo que el émbolo no tuviese movimientos laterales, sino que subiera y bajara á plomo.»

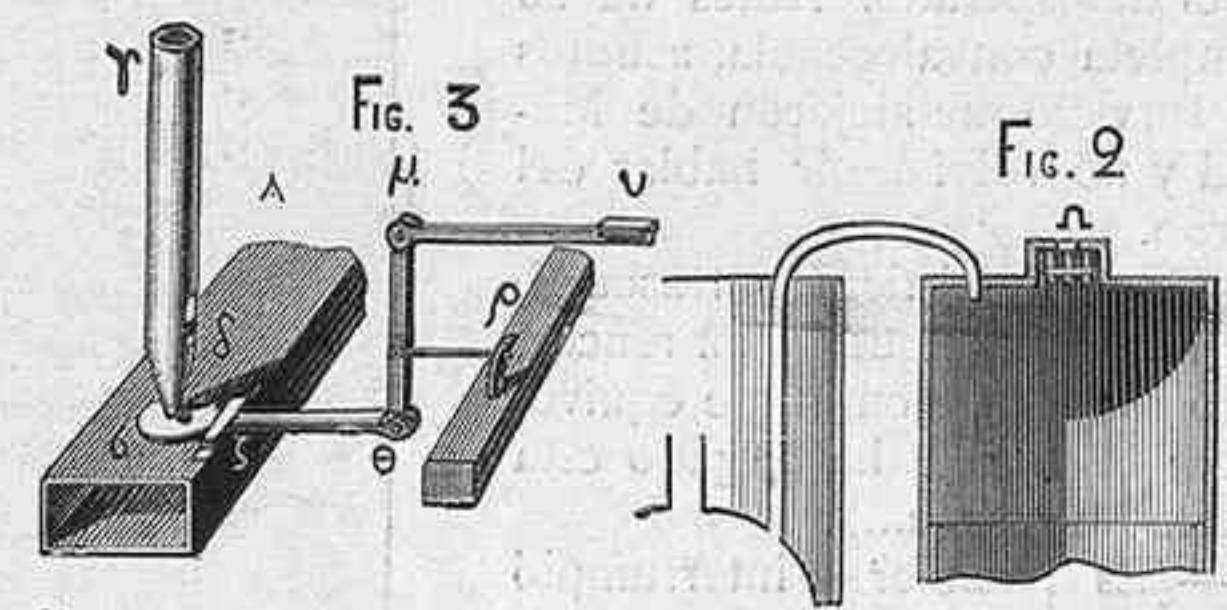


FIG. 2 Y 3.—DETALLES DEL ÓRGANO HIDRÁULICO

A principios del siglo XVII, Porta mandó construir en Nápoles un órgano hidráulico con arreglo al sistema que acabamos de describir; pocos años despues, en 1645, el P. Kircher hizo otro en Roma para el pontífice Inocencio X. Estos órganos tenían el defecto de que no conservaban la nota y daban sólo una serie de armónicas; en cambio producian un *tremolo* sumamente agradable. Sin duda recrearian los oídos de los griegos y romanos estas variaciones insólitas del sonido.

Heron describe á continuación un órgano de fuelle puesto en movimiento, no por un hombre, sino por el de un molino de viento. La figura 4 nos exime de entrar en detalles; su reproducción ofrece algun interés por cuanto hace remontar al siglo segundo antes de nuestra era la

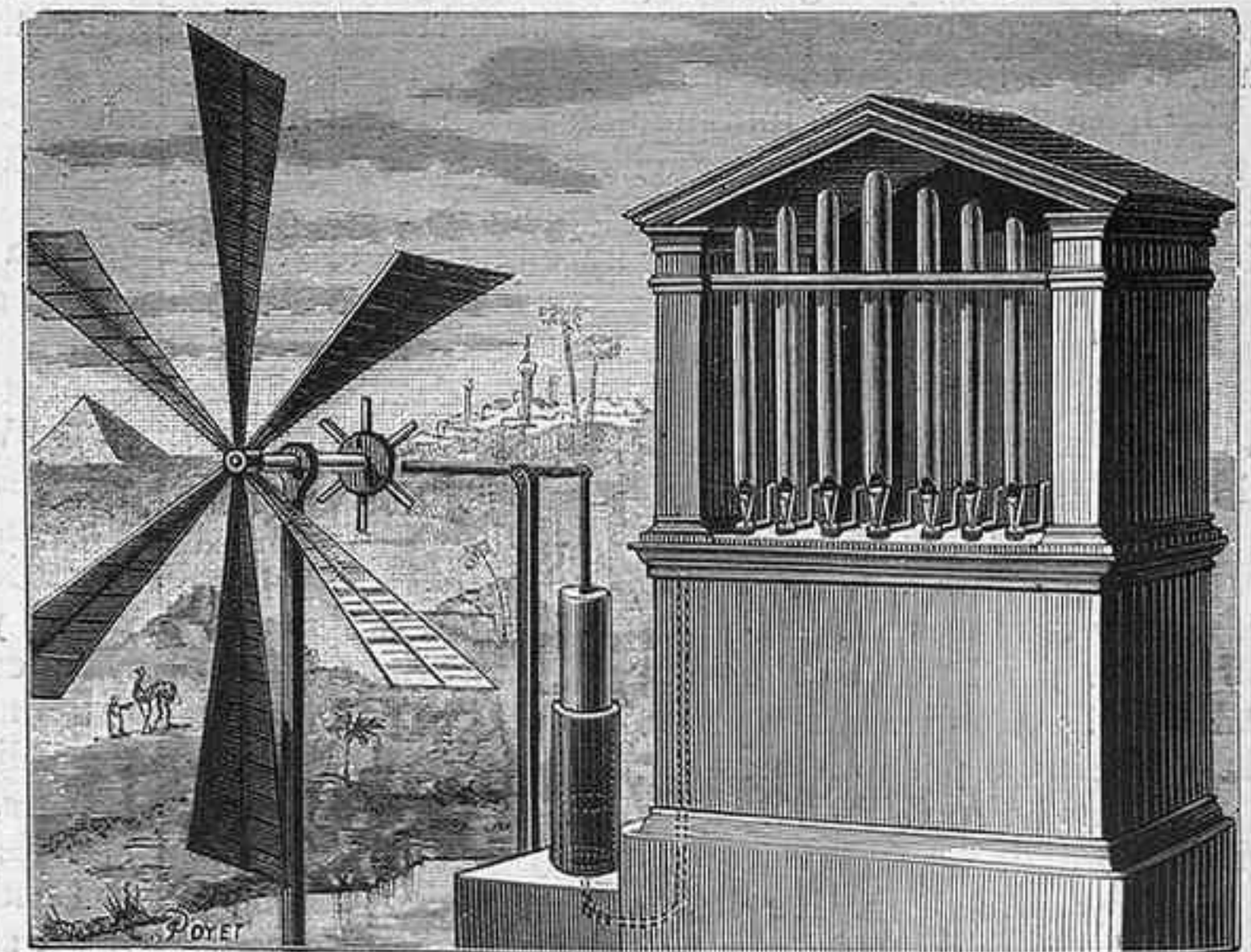


FIG. 4.—ÓRGANO HIDRÁULICO MOVIDO POR UN MOLINO DE VIENTO

invención de los molinos de viento, que se suponían desconocidos en la antigüedad porque Vitruvio y Varron no hablaron de ellos.—A. DE R.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON